



Taubes, Jacob

La teología política de Pablo,

Trotta, Madrid, 2007.

La editorial Trotta sigue publicando los libros más interesantes de pensamiento y academia. Este escrito, excelentemente traducido por Miguel García-Baró, profesor de la Universidad de Comillas, vuelve a dar muestra de esa excelente labor editorial.

La obra está dividida en dos partes. En la primera, el autor analiza de una manera nada lineal el concepto de tiempo en la *Carta a los romanos* de San Pablo. En esta primera sección se analizan principalmente las diferentes conexiones que las ideas contenidas en esa epístola mantienen con la modernidad política. El autor también incide en el carácter judío del propio Pablo, a quien Taubes considera el más judío de los primeros cristianos, mucho más judío que los rabinos liberales de los siglos XIX y XX (p. 25). También ofrece una interpretación apocalíptica del controvertido versículo 13 de la *Carta a los romanos*, en el que el apóstol parece otorgar una gran fuente de legitimidad a toda autoridad política. Siguiendo el comentario de Karl Barth a la *Carta a los romanos* (p. 67), Taubes considera que la obligatoriedad de obedecer a la autoridad política secular se debe a la poca importancia que el santo concede a los asuntos mundanos. Al católico no tiene que importarle integrarse en una comunidad política y obedecer, debido a que la realidad social carece de cualquier relevancia espiritual y el mundo está por acabar (p. 88). Taubes nos quiere decir que el apocalipticismo de Pablo no desemboca en la rebelión sino en la sumisión o, simplemente, en la indiferencia política.

En la segunda parte de este libro se describe de una manera detallada, a través de algunos documentos, la relación que une a Jacob Taubes con, según el propio autor, el jurista más importante del siglo XX, Carl Schmitt. Quizá el elemento más sorprendente y unificador de estas dos partes consista en la suprema importancia que para la reflexión política del siglo XX ha ejercido un pensador a quien se ha querido marginar, como Carl Schmitt. Jacob Taubes señala la influencia que este escritor ejerció sobre autores en principio tan opuestos como Kojève (p. 117), Blumenberg (p. 84), o Walter Benjamin (p. 114, donde el autor denuncia la oscurecedora labor de M. Horkheimer para silenciar esa relación intelectual de Benjamin con Schmitt). Parece que nadie con consistencia intelectual, ni el propio Taubes, por mucho que se intentara resistir, puede evitar la influencia de este pensador. Ni siquiera aunque sus *flirts* con el nazismo (así califica la relación de Schmitt con Hitler) lo hayan alejado del estudio de demasiados estudiosos bienpensantes. Debido a la admiración intelectual que Taubes profesa por Schmitt, el autor se preocupa de explicar por qué figuras como él se interesaron por el nazismo. El autor afirma que tanto Heidegger como Schmitt se sintieron atraídos por el nazismo debido a su condición de católicos. Estos católicos, que habían estado socialmente apartados por la Alemania unificada de la protestante Prusia (en tiempos de Kant los católicos no podían dar clase en la Universidad de Königsberg), se sintieron atraídos por una nueva forma política que negaba la continuidad con la Alemania prusiana (p. 119).

En el libro se encuentran ideas muy interesantes acerca de la necesidad del conocimiento preciso de teología para la profundización filosófica. Este autor tan judío, “archijudío” se autocalifica en la carta que le envía a Schmitt (p. 181), considera que para el aprendizaje y el acercamiento a los problemas filosóficos vale más estudiar una hora de la Biblia y de San Pablo que una hora de Hegel. Así se expresa el propio Taubes respecto a la ignorancia en asuntos teológicos de los especialistas en filosofía: “Considero que es un desastre



el aislamiento de las facultades de Teología. (...) Me parece escandalosa (...) la ignorancia que produce el hecho de que las facultades sean unidades cerradas” (p. 18). Incluso para un autor judío no hay manera de comprender los problemas centrales de la filosofía sin conocer con cierto detalle el Nuevo Testamento ni las inquietudes espirituales y culturales suscitadas por una cultura cristiana.

Sin duda, uno de los grandes atractivos de la lectura del libro de Taubes proviene de su redacción profundamente irónica. Seguramente debido a su origen oral, la obra está salpicada de comentarios del siguiente tipo: “Así es como yo, pobre Job, he llegado a la carta a los Romanos: como judío y no como profesor (cosa que tampoco me importa demasiado, salvo porque me alimenta decorosamente)” (p. 17); “Ni tratándose de Heidegger, ni tratándose de Buber tengo paciencia con esta apoteosis de lo juvenil. No veo por qué los inicios han de ser mejores de lo que viene después” (p. 21). Esta ironía, que recorre y aporta interés y cercanía a toda la obra, implica también alguna consecuencia negativa. Resulta tremendamente difícil saber qué es lo que realmente piensa el autor sobre el problema.

Aunque en el prólogo se justifica el carácter parcial de este escrito dentro de la obra del propio Taubes, no se puede considerar un libro definitivo, ni siquiera una buena introducción al tema que el título sugiere. Se trata de un interesantísimo ejercicio académico sobre la historia de las ideas filosóficas y políticas en el siglo XX. Resultan muy aprovechables sus ideas acerca de la necesidad de formación teológica para escribir buena filosofía. Sin embargo, el lector que desee conocer sólo los temas que primeramente sugiere el título quedará decepcionado. En esta obra no se encuentra una explicación de la complicada y continuada influencia política de los escritos paulinos, ni tan siquiera una exposición ordenada de las afirmaciones que sobre asuntos políticos pueden encontrarse en las epístolas de San Pablo. Se trata, no obstante, de una obra atractiva, interesante de leer, que acerca a asuntos de teoría política completamente margina-



284

dos de la discusión académica española actual, principalmente, la teología política.

Miguel Saralegui
(msaraleguib@yahoo.com)